

¡Oh misterio! ¡Oh escena á la vez de gran dolor y de gran compasion! El cielo y la tierra parecian conspirar para hacer más desconsoladores los últimos momentos de la vida del Hombre Dios. Jesucristo, desde la cruz donde estaba bárbaramente enclavado, dirige al cielo el grito de su dolor como para pedirle el consuelo que le niega la tierra; Padre santo, Padre justo, Padre amante, ¿no reconocéis ya á vuestro Hijo? Por otra parte, el infierno despliega contra el Crucificado todos sus rigores. Escribas y fariseos, pueblo y magistrados, hebreos y romanos contemplan ávidamente esta escena de dolor, y en los transportes de su ódio prorumpen en horribles blasfemias, en amargos insultos. María, presente, será testigo de los sangrientos ultrajes hechos á la majestad, á la inocencia de un Dios que es su Hijo, de un Hijo que es su Dios.

Á través de la débil y siniestra luz que los astros casi apagados dejan caer sobre esta tierra deicida, María contempla aquel cuerpo cubierto de llagas, atravesado de clavos, agotado de fuerzas y brotando sangre. Ve los labios lívidos, las mejillas descoloridas, los ojos apagados y á medio cerrar por el sueño de la muerte. Oye la voz lánguida, los lamentos de esta santa Humanidad que va á exhalar entre los tormentos un alma inundada de dolores, agobiada de angustias. Y Ella no vuelve su mirada, no puede apartar el pensamiento de un objeto tan lastimoso. No cesa un solo instante de beber en esta fuente de amargura que, por sus ojos y sus oídos, va á inundar su corazón; fija é inmóvil, permanece de pié; considera una á una las llagas con religioso respeto; absorbe la sangre hasta la última gota, y se embriaga con su dolor; las medita, las contempla, las aprueba, se complace en ellas, hacen sus delicias, las aplaude, las ofrece á Dios como inagotables fuentes, como preciosos manantiales, como títulos auténticos de la salud y de la redención del mundo (1).

San Juan gime; Magdalena se deshace en llanto. El uno tiene el corazón de un discípulo, la otra de una hija que llora á su Padre; María tiene el corazón de una Madre tierna, pero es Madre de Dios. Sostendrá con honor esta sublime dignidad. En la

(1) Spectabat piis oculis filii vulnera per quæ sciebat hominibus redemptionem futuram. (S. Ambros.)

fuerza de alma de la Madre debe resaltar la divinidad del Hijo (1). Así, dice un intérprete, el milagro de sus dolores ha sido portentoso; la gloria de su virginal pureza se encuentra unida al prodigio de su valor sobrehumano. La más pura, la más delicada de las vírgenes se muestra la más heroica de las mujeres. Ni un signo de impaciencia en sus facciones, ni una palabra de maldición, ni siquiera de queja en su boca. Inundada de amargura en su interior, se muestra impassible en su exterior. Su alma está abismada en el dolor, y sus ojos no se humedecen con el llanto. Haciéndose superior á sí misma, firme é inmóvil en su actitud, manifiesta toda la elevación y sublimidad de su alma, dominada sólo por la extensión de su dolor. Lo que fija toda su atención es, más que el trágico acontecimiento que la priva de un Hijo, el ejemplo que se le ofrece de la caridad divina; y con una firmeza heroica, con una resignación perfecta, se eleva hasta Dios; y entre la admiración y el dolor, la compasión y el amor, queda absorta y como en éxtasis ante el grande é inefable misterio de la bondad de un Dios espirando en la cruz por la salud del mundo (2). Sí, es la Mujer del Evangelio, que sufre como si no sufriese; en su dolor, está como inundada de alegría. Sí, la santa alegría de ver á los hombres recobrar la vida en las llagas, en la sangre, en la muerte de su Hijo, le hace olvidar lo que el nacimiento de esos hombres le cuesta: *Non meminit pressuræ*.

Pero sus labios callan, su corazón no, y en los tormentos de su caridad con los hombres, volviéndose hácia el Padre celeste: «¡Ah, le dice, Padre justo, Padre santo, no mireis mi dolor! Soy Madre, es verdad, y sabéis qué lucha suscita mi amor en mi corazón, ¿pero no sois Vos también su Padre? Es el fruto de mis entrañas, ¿pero no es la imagen de vuestra sustancia? Mi sangre corre por sus venas, ¿pero todas vuestras divinas perfecciones no están con vuestra naturaleza reproducidas en Él? Lo quiero como mi Hijo bien amado, ¿pero no es también vuestro único y bien amado Hijo? ¡Y sin embargo, lo abandonais y Yo también lo abandono! ¡Lo condenais, y Yo también lo condeno!

(1) Stabat non degeneri spectaculo mater. (S. Ambros.)

(2) Corpore excelso, animo excelsior, spectans et admirans magnum pietatis sacramentum, Deum in cruce. (Ibid.)



¡Sí, que muera clavado en la cruz, con tal que seais satisfecho y que se salven los hombres! ¡Que sea crucificado! ¡Que sea crucificado!» (1).

Hé aquí, pues, que el mismo grito de muerte contra el inocente Jesus sale á la vez del corazon odioso y bárbaro de los judíos y del corazon tierno y afectuoso de María. Solamente que en ellos es un grito de furor, y en María un grito de bondad. Ellos gritan : « ¡Muerte á Jesus! », por odio á Jesus, y María grita : « ¡Muerte á Jesus! », por amor á los hombres. En los judíos este grito es un nuevo atentado, el más grande de todos, y será su perdición; en María este grito es el colmo de la misericordia, y nos salvará. Gracias al heroismo de esta resignacion y de esta ofrenda, puede decirse que si los homdres pecadores son los hijos de Dios por la muerte de su Hijo inocente, lo deben tambien á María : *Non meminit pressuræ, quia natus est homo in mundum.*

En efecto, hemos nacido de Dios Padre (2); somos sus verdaderos hijos de adopcion y de gracia, no solamente en palabras, sino en realidad (3). ¿De qué manera, pues, nos ha engendrado? El mismo Jesucristo y sus Apóstoles nos lo han revelado; amando al mundo hasta el punto de sacrificar por él á su propio Hijo, al Hijo engendrado de su sustancia (4). Entregando á ese Hijo santo é inocente, á fin de que se devolviese la vida de la gracia á los hombres pecadores (5).

Así, pues, es indudable que María, cuya santidad consiste principalmente en una conformidad perfecta de pensamientos y de voluntades con los pensamientos y las voluntades divinas, es indudable, digo con San Buenaventura, que María ha participado con Dios los prodigios de generosa caridad para con los hombres, y que queriendo conformarse al acto de sublime bondad con que el divino Padre nos ha hecho dón de su Hijo único, y con que ese mismo Hijo se ha ofrecido y dado Él mismo á nosotros

(1) Crucifige, Crucifige, eum! (Joan., XIX.)

(2) Qui ex Deo nati sunt. (Joan., I.)

(3) Ut filii Dei nominemur et simus. (I Joan., III.)

(4) Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. (Joan., III.)

(5) Proprio Filio suo non pepercit Deus, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (Rom., III.)

por nuestra salud, Ella tambien nos lo ha ofrecido y nos lo ha dado con el mismo fin misericordioso, con una generosidad y una espontaneidad que no cede más que á la de Dios, su modelo y su ejemplo. Por eso María, que participa con Dios la prerogativa de tener á Jesucristo por Hijo, compartirá tambien con Él su caridad por los hombres; y así, la conformidad entre el Padre, que está en el cielo, y la Madre, que está en la tierra, será en todos sentidos entera y perfecta (1).

Así, pues, como ha habido conformidad entre la fecundidad de María y la fecundidad divina, el corazon de María está conforme en el amor con el corazon de Dios. Así como, sin el concurso de un esposo, María ha engendrado en el tiempo el Verbo divino que el Padre, sin el concurso de una madre, ha engendrado en la eternidad, así Ella lo ha dado con el mismo desinterés, con el mismo transporte, con el mismo amor. La donacion de Jesucristo por el Dios Padre es el efecto de una caridad sobre la cual nada puede imaginarse; y la donacion del mismo Verbo encarnado hecha por María es el efecto de una caridad que no le cede más que á Dios solo (2).

Pero así como Dios Padre, al darnos á su Hijo único como medio y precio de rescate para nuestro nacimiento espiritual, nos ha engendrado tambien por su gracia y hecho sus hijos, así María, al darnos á ese mismo Hijo único para el mismo fin, nos ha engendrado tambien por su gracia. Nuestra filiacion con respecto al Padre Eterno y á María es el efecto de un verdadero nacimiento, si bien todo espiritual, todo de corazon, todo de amor; y por eso hemos nacido de Dios y de María con las mismas condiciones, de la misma manera. Aun podemos decir que hemos nacido de María en cierta manera como Jesucristo, puesto que fué el mismo Espíritu Santo, el amor personal del Padre y del Hijo quien le dió la fecundidad para engendrarnos, sacrificando á nuestra salud á ese mismo Hijo, con la diferencia de que Jesucristo nació de su seno virginal segun la carne, y nosotros he-

(1) Nullo modo dubitandum est quin Maria voluerit filium tradere propter salutem generis humani, ut mater per omnia conformis fieret Patri et Filio. (S. Bonav.)

(2) Fecit et illud charitas qua majorem nemo habet, fecit et hoc charitas cui post illam similis altera non fuit. (S. Bern.)



mos nacido espiritualmente de su coracon, lleno de caridad (1). En efecto, segun un intérprete, que abriga el sentimiento comun de los Padres, cuando Jesucristo desde la cruz designó á San Juan por hijo de María, y á María por Madre de San Juan, quiso designar en la persona de éste á todos los hijos de la gracia, y de los cuales María sería verdadera Madre por la heroica y sublime generosidad de su amor (2). ¡Profundo y consolador misterio!

San Agustin dice de la madre de los siete Macabeos, que el dia en que ofreció á la muerte con tanto valor á sus propios hijos, llegó á ser una madre más fecunda que cuando los dió al mundo; porque aquel acto sublime de religion la hizo madre del pueblo judío, al cual confirmó en la religion verdadera por el ejemplo de tan gran virtud (3).

Esta madre fué, segun el abate Ruperto, la figura de María, que fué una Madre más fecunda el dia en que voluntariamente ofreció á la muerte á su propio Hijo y lo perdió en el dolor, que el dia que lo concibió en la santidad y lo parió en la alegría; porque por un Hijo de quien se privó, adquirió muchos. En el Calvario abandonó á su único Hijo, y por Él y en Él parió á la vida no solamente á San Juan, sino á todos los cristianos, de que llegó á ser Madre (4).

Así, por estas dulces palabras, « ¡ Mujer, hé ahí á tu hijo! (5) ». Jesus quiso decir á María: Mujer, puesto que en este momento Yo no quiero ver en Tí á mi tierna Madre, sino á la Mujer fuerte, heroica, sublime, perfecta, á quien he hecho preconizar y colmar de alabanzas en las Escrituras, *Mulier!* Mujer, hé ahí á mi discípulo Juan. Está puro, es santo, animoso; no se avergüenza ni de mis ignominias ni de mi suplicio; es fiel, y por consecuencia tiene la vida de la gracia: tales son, pues, precisamente los hijos de quienes en este momento te haces Madre, y que no se

(1) Maria carne mater capitis nostri; spiritu mater membrorum ejus; quia cooperata est charitate ut filii Dei nascerentur in Ecclesia. (S. Aug.)

(2) In Joanne intelligimus omnes quorum Maria per charitatem effecta est mater.

(3) Fœcundior virtutibus quando filii passi sunt quam fœtibus quando nati sunt. (S. Aug.)

(4) Suis in cruce doloribus hoc etiam promeruit, ut non solum Joannis, sed omnium credentium mater diceretur et esset. (Rupert.)

(5) *Mulier ecce filius tuus.* (Joan., XIX.)

avergonzarán jamas de mi nombre, de mi ley, de mi religion, de mi Evangelio. Tu corazon está traspasado por los mismos clavos que han desgarrado mi carne; tu alma participa del amor de mi divino Padre por el mundo, y de los sufrimientos de mi cuerpo. Luego, así como te has asociado al amor de mi Padre por tu generosa caridad, y á mi suplicio por tu desolacion profunda, entrarás tambien en sociedad con mi Padre y conmigo, por un nuevo orden de misterios, de obras y prodigios. Así como amas á mi Padre y sufres conmigo, sé tambien fecunda con mi Padre y conmigo. Los hijos que nazcan hoy del amor infinito de mi divino Padre y de mis sufrimientos, nacen tambien de Tí; y por la misma razon que pertenecen á mi Padre y á Mí, pertenecen á Tí tambien. Tú los engendras tambien en tu amor y tu dolor: *In dolore paries!* Esos hijos no han de nacer, han nacido ya: contempla el tipo y el modelo en mi discípulo bien amado: *Ecce filius tuus!* Este hijo es solo, porque toda la comunión de los fieles, la Iglesia, no formará más que un solo cuerpo del que Yo soy Jefe; pero al mismo tiempo será una multitud de hijos en uno solo, porque serán todos los que crean en Mí, y ésa es la numerosa posteridad que pares como un solo Hijo. Dios es el Padre, Yo el Redentor, Tú la Madre: *Mulier, ecce filius tuus!*

¡Oh fecundos dolores de María en el Calvario! ¡Oh parto de la Madre Dios, cuya fecundidad crece en proporción de los dolores! ¡Oh transfixión de su tierno corazon, verdaderamente dichosa para nosotros! ¡Oh corazon sagrado, para nosotros seno maternal! ¡Oh Tabernáculo del Hijo de Dios y Arca de salud para nosotros, hijos de los hombres, que hemos tenido por verdadera Madre á la misma Madre de Dios! ¡Oh gloria! ¡Oh inapreciable ventaja para nosotros los cristianos: pasando por este corazon, envueltos en ese amor, renacemos del mundo terrestre y corporal al espiritual y divino! ¡Oh suplicio, oh martirio que deben ser olvidados y tenidos en nada por esta tierna Madre á la vista de todo el bien que nos han hecho! *Jam non meminit pressura!*

SEGUNDO PUNTO. Hemos explicado en el sentido alegórico la parábola de la Mujer que pare. Ahora toca explicarla en el sentido místico y moral para la instruccion de cada uno de nosotros. Recordaremos que en las divinas Escrituras se habla de dos concupiscencias y de dos partos espirituales. Uno de éstos es el de



que nos habla David cuando dice: Hé aquí que el hombre ha concebido el dolor y ha parido la injusticia y la iniquidad (1). Igualmente Santiago ha dicho: «La concupiscencia pare el pecado, y el pecado consumado engendra la muerte» (2). La otra concupiscencia y el otro parto espiritual es el de que nos habla Isafas cuando dice: «Así como la mujer que ha concebido, cuando llega su hora exhala gritos de dolor, así, Señor, estamos en vuestra presencia cuando despues de haber concebido buenos deseos necesitamos realizar las buenas obras» (3).

Comprendeis perfectamente que en estos oráculos divinos se hace alusion á las obras de los pecadores y á las de los justos. Y en efecto, las obras del hombre son verdaderos partos, verdaderos hijos espirituales concebidos por la union del intelecto y la voluntad, y que salen en seguida del corazon como los hijos del seno de las madres (4). ¡Pero con qué diferencia! El pecador comete el pecado con satisfaccion y con delicia; despues, á la corta embriaguez del pecado sucede en su corazon el remordimiento, la inquietud, la tristeza, la turbacion, la angustia que lo hace desgraciado con lo mismo en que se prometia encontrar la dicha. La obra de la iniquidad, nacida del desórden y de la injusticia, es hija del duelo y del dolor: *Concepit dolorem et peperit iniquitatem!* El pecado, parto funesto de la concupiscencia, produce á su vez la muerte temporal de la pérdida de la gracia, y la muerte de la condenacion eterna, y da tambien la muerte al padre que le ha dado vida: *Peccatum cum consummatum fuerit generat mortem.*

Al contrario, el justo para vencer esta pasion, para soportar esta afrenta, para endurecer esta desgracia, para restituir este bien, para perdonar esta ofensa, para romper esta intriga, para huir esta ocasion, para domar la rebelion de la carne, para so-

(1) Ecce parturit iniquitatem, concepit dolorem; et peperit iniquitatem. (Ps. vii.)

(2) Concupiscentia parit peccatum; peccatum, cum consummatum fuerit, generat mortem. (Jac., i.)

(3) Sicut quæ concipit, cum appropinquaverit ad partum dolens clamat in doloribus suis; sic facti sumus à facie tua, Domine; concepimus et quasi parturivimus et peperimus spiritum. (Is., xxvi.)

(4) De corde exeunt cogitationes malæ, homicidia, adulteria, fornicationes. (Matth., v.)

breponerse á las criticas del mundo y triunfar para confesar esta caida y está falta, para parir, en una palabra, las obras de la gracia y de la salud eterna, debe luchar contra sí mismo, renunciar á sí mismo, y no puede prevenir el mal sin esfuerzo, sin agitacion, sin dolor, sin tormentos; ruega, se lamenta, implora ayuda y socorros como una madre en los dolores del parto: *Sic facti sumus à facie tua, Domine, concepimus et parturivimus et peperimus spiritum.*

Pero cuando la obra santa, la obra de la gracia y de la salud se ha realizado, ha venido el dia; cuando la ley de Dios ha sido observada, cuando á Dios se le ha dado lo que le pertenece, cuando uno ha cumplido su deber, ¡oh, entónces, mis queridos hermanos, qué calma, qué tranquilidad de espíritu, que alegría interior en el corazon! Así como todo pecado encuentra en este mundo su castigo en el remordimiento, toda accion de virtud cristiana practicada santamente encuentra tambien en este mundo la recompensa de una alegría santa y pura, un celestial contento. Entónces el alma bendice las fatigas pasadas, los esfuerzos realizados, los sacrificios consentidos, ofrecidos para obrar bien; alegría igual que la que hace á la madre olvidar los dolores del parto cuando ya ha nacido su hijo: *Nom meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo.*

Pero esta alegría, este contento que experimenta el justo en la práctica del bien durante la vida presente, no es más que un ensayo, las premisas de lo que experimentará cuando reciba la recompensa en la vida futura. ¡Ah! Cuando despues de haber cerrado los ojos con el sueño de la muerte se despierte en compañía de los ángeles, de los santos, de María, de Jesucristo en el seno de Dios mismo; cuando por algunos años, algunos meses, algunos dias de virtud, de sacrificios, de esfuerzos y dolores se vea introducido en el océano de la alegría eterna del Señor (1); cuando se encuentre en Jesucristo y por Jesucristo hecho hombre perfecto (2), dichoso con este nuevo nacimiento ó más bien nueva creacion (3); cuando se vea glorioso con la gloria de Jesucristo, dichoso con su misma dicha, ¡oh! entónces no se acordará,

(1) Intra in gaudium Domini tui. (Matth., xxv.)

(2) In virum perfectum. (Ephes., iv.)

(3) In Christo nova creatura. (II, Cor., v.)



más que para bendecirlos, de los esfuerzos que tuvo que hacer para renacer á la gracia, porque se encuentra nacido de nuevo para la gloria, hombre nuevo, hombre perfecto, en un mundo nuevo, en el mundo de los espíritus, en el mundo de Dios: *Non meminuit pressuram propter gaudium.*

¡Valor, M. C. H., elevemos nuestros corazones! Lo confieso: cuesta mucho á la naturaleza corrompida, á un corazón débil, á una voluntad inconstante, someterse á la severidad de la ley de Dios. Mucho cuesta ser, como San Juan, el discípulo bien amado de Jesucristo, es decir, puro de cuerpo, fiel de corazón, bastante animoso para no avergonzarse, bastante generoso para entrar en participación de los sufrimientos y los oprobios de Jesucristo en el Calvario. Pero contemplemos el fruto de ese parto misterioso, contemplemos la recompensa de esas penas pasajeras, endulzadas por la unción de la gracia. Entónces serémos verdaderos hijos, hijos bienamados de María: *Ecce filius tuus!* y mirarémos á María con la confianza de una verdadera Madre: *Ecce mater tua!* Hijo de María y hermano de Jesucristo es lo mismo; y siendo así hijos de Dios por el amor y por la gracia, serémos herederos de Dios y coherederos de Jesucristo en la eternidad de la gloria (1). Así sea.

(1) Si filii et hæredes: hæredes quidem Dei cohæredes autem Christi. (Rom., VIII.)

## TRIGÉSIMA HOMILÍA.

### LA VERDADERA VIÑA,

### Ó LA COMUNION CON JESUCRISTO.

*Et ipse erit expectatio gentium, ligans ad vineam pullum suum et ad vitem asinam suam. Lavabit in vino stolam suam et in sanguine uvæ pallium suum. (GEN., XLIX.)*

Y él será la expectacion de las gentes. Atando á la viña su pollino, y á la vid, ¡oh hijo mio! su asna. Lavará en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su palio.

El Profeta rey lo habia dicho: El hombre que olvidando la nobleza de su origen, la sublimidad de su fin, las ventajas de su naturaleza, la excelencia de su condicion, se abandona á los extravíos del error, al desórden de las pasiones, se envilece, se degrada, descende al estado del bruto, y no es más que una estúpida bestia de carga, bajo forma humana: *Comparatus est jumentis insipientibus* (1). Luego si hoy el Señor se coloca sucesivamente sobre dos cabalgaduras para recorrer la distancia de una legua, la distancia que separa á Bethania de Jerusalem, no es por la debilidad de su naturaleza humana, sino para cumplir en figura un misterio de su divina caridad. El asno, dice San Jerónimo, representa al pueblo judío sujeto al yugo pesado de la ley, y el pollino indócil figura el pueblo gentil que vive sin ley y sin fe (2). Por eso Jesucristo, que monta hoy estos dos animales y los introduce en la Jerusalem terrestre, es Jesucristo que, bajo el símbolo de la condicion á que están reducidos los judíos y los

(1) (Ps. XLVIII.)

(2) Asina quæ subjugalis fuit, synagoga intelligitur; pullus asinæ lascivus et liber, populus gentium. (S. Hieron.)